

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos hecho nacer en el seno de vuestra Iglesia, y dadnos la gracia de ser siempre fieles de todo nuestro corazon á la Iglesia romana, madre y soberana de todas las demás iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero hacer sin discurrir todo lo que me manda la Iglesia.

LECCION IV.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Vida, misiones y martirio de san Andrés, — de Santiago el Mayor. — Juicio de Dios sobre Agripa, primer rey perseguidor de la Iglesia. — Vida, misiones y martirio de san Juan Evangelista, — de santo Tomás, — de Santiago el Menor, — de san Felipe, — de san Bartolomé, — de san Mateo, — de san Simon, — de san Judas, — de san Matías, — de san Marcos y de san Lucas.

La leccion anterior nos ha puesto á la vista la rápida historia de san Pedro y san Pablo, y esta nos va á bosquejar las expediciones y victorias de los demás conquistadores evangélicos. El primero de quien vamos á hablar es san Andrés: hermano de san Pedro, tuvo la gloria de llevar al Salvador al que debia ser el Jefe de la Iglesia universal. Despues de la ascension, dirigió sus pasos hácia la Escitia, recorrió la Grecia y el Ponto, y volvió en seguida hácia el Norte. Los Moscovitas están en la persuasion de que san Andrés llevó la fe á su país hasta las fronteras de Polonia. Finalmente, se dirigió á la ciudad de Patras en Acaya, donde dió su sangre por Jesucristo en un suplicio semejante al de su hermano y al de su divino Maestro, pues como ellos fué crucificado. La tradicion nos dice que la cruz de san Andrés estaba formada con dos piezas de madera que se cruzaban oblicuamente por el medio, y representaba la figura de una X.

Desde el instante que vió á lo lejos el instrumento de su suplicio, el santo Apóstol exclamó en un transporte de alegría: « Salve, cruz » preciosa, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Dios y adornada con sus miembros como de piedras preciosas. ¡Cruz saludable! recíbeme en tus brazos; hace mucho tiempo que te busco; » dignese recibirme por tí el que se sirvió de tí para rescatarme. » Las reliquias del Santo descansan ahora en Italia, en la catedral de Amalfi⁴. ¡Quiera Dios que su amor hácia la cruz reine en todas las partes donde hay cristianos!

Hé aquí un nuevo conquistador y un nuevo testigo de la fe que tenemos la dicha de profesar:

Santiago, hijo de Zebedeo y de Salomé, era hermano de san Juan Evangelista y próximo pariente del Salvador. Se le da el sobrenombre de *mayor* para distinguirle del Apóstol del mismo nombre que fué

⁴ Véase Ughelli, *Ital. sacr.* t. VII.

obispo de Jerusalem, y que tiene el sobrenombre de *menor*, ya porque fué llamado al apostolado despues de Santiago el Mayor, ya porque era de pequeña estatura, ya, en fin, á causa de su juventud. Salomé, madre de Santiago el Mayor y de san Juan, se llamaba tambien María, y era prima hermana de la Virgen santísima.

Santiago nació en Galilea, y era pescador de oficio como su padre y su hermano. Despues de la ascension del Salvador, se apresuró como los demás Apóstoles á desmontar el vasto campo que le habia cabido en herencia; leemos que predicó el Evangelio á las doce tribus de Israel, dispersas en diversos lugares de la tierra, y que llevó la antorcha de la fe hasta á España¹, de donde volvió á Jerusalem cargado con los despojos del infierno, y no esperó mucho tiempo el día de su triunfo.

Agripa, nieto de Herodes, habia sido educado en Roma bajo el reinado de Tiberio, y habia conocido á Calígula y merecido la confianza de este príncipe lisonjeando bajamente sus pasiones. Apenas llegó Calígula al imperio, dió á Agripa el título de rey de los Judíos para manifestarle su aprecio, y el nuevo soberano se apresuró á ir á tomar posesion de sus Estados. Afectando un gran celo por la ley de Moisés, suscitó una persecucion sangrienta contra los discipulos de Jesús, con la seguridad de granjearse de este modo el corazon de los Judíos; aprovechóse, pues, del viaje que hizo de Cesarea á Jerusalem, con el designio de celebrar la fiesta de Pascua del año 43, y para manifestarles el deseo que abrigaba de complacerles. Santiago fué la primera víctima de su política; habiendo mandado que le prendieran algunos días antes de la solemnidad, le sentenció á cortarle la cabeza, lo cual se ejecutó.

Eusebio cuenta, segun Clemente de Alejandría, que el denunciador del santo Apóstol quedó tan sorprendido al ver su valor y su constancia, que se declaró tambien cristiano, y fué condenado al mismo tiempo á ser decapitado. Cuando le llevaban al suplicio con Santiago, le pidió perdon por haberle entregado de aquel modo á sus verdugos. El Apóstol se volvió á su lado y le dijo abrazándole: « La paz sea » contigo. » Los dos recibieron la muerte en el mismo sitio². Santiago el Mayor es el primero de los Apóstoles que padeció el martirio. La Iglesia, al perder en la tierra una de las grandes columnas sobre las cuales estaba particularmente apoyada, no permaneció menos firme, para que sus enemigos se convenciesen de que está establecida, no sobre los hombres, sino sobre la omnipotencia de Dios.

Santiago conservó una virginidad perpetua; no comia carne ni pesca-

¹ Tal es la tradicion de la Iglesia de España, apoyada en la autoridad de san Isidoro de Sevilla, etc.

² Eusebio, lib. II, c. 9.

cado, y solo llevaba una túnica y una simple capa de lino¹. Su cuerpo fué enterrado en Jerusalem, pero poco tiempo despues sus discipulos le trasladaron á España, y actualmente descansa en la catedral de Compostela en Galicia, que es una de las mas célebres peregrinaciones del mundo católico.

Agripa, que hizo morir al santo Apóstol, es el primer rey perseguidor de la Iglesia. En él principia la formidable historia de la justicia de Dios sobre todos los que se han atrevido á alzarse contra el Señor y contra su Cristo, porque los Reyes son criados y puestos en el mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo, Cordero dominador del mundo: tal es la condicion inmutable de su gloria, de su dicha y de su misma existencia. Si la infringen, son infaliblemente heridos por ejemplares castigos. La rigurosa precision con que se ejecuta esta ley hace diez y ocho siglos no es la menor de las pruebas de la divinidad del Cristianismo, y ella contesta victoriosamente á la indiferencia impía de nuestros días, que considera al parecer á Jesucristo como á un monarca destronado que no merece ya temor, obediencia ni respeto, al mismo tiempo que demuestra notablemente el cuidado que el divino Pastor se toma desde lo alto del cielo de su rebaño querido.

Ya habeis visto que Herodes y Pilatos murieron miserablemente: Agripa, manchado con la sangre de un apóstol de Jesucristo, tardó poco en sentir los efectos de la venganza divina. Despues de la fiesta de Pascua, regresó á Cesarea con el designio de dar juegos públicos en honor del emperador Claudio, á donde le siguió un numeroso cortejo de personas de consideracion. El segundo día de las fiestas se presentó en el teatro con una vestidura tejida en plata, en la que el arte sobrepujaba á la riqueza, y brillaba con nuevo esplendor con los rayos del sol que reflejándose en ella deslumbraban á los espectadores. Estos por su parte manifestaban una especie de respeto que rayaba en adoracion. Habiendo Agripa pronunciado un discurso, los aduladores que rodean por lo comun á los príncipes hicieron oír aclamaciones reiteradas: « No es la voz de un hombre, exclamaron, » sino la de un dios. » Embriagado el Príncipe con estas alabanzas impías, olvidó que era mortal; pero en el mismo instante le hirió el Ángel del Señor, y sintió dolores de entrañas tan violentos que no los podia soportar. Despues de haber padecido cinco días sin que los médicos pudieran dulcificar en lo mas mínimo su mal, ni impedir que los gusanos lo devorasen vivo, espiró en medio de padecimientos imposibles de imaginar y mucho menos de expresar. Justicia de Dios: traslado á los perseguidores.

San Juan Evangelista ocupa el quinto lugar entre los doce pesca-

¹ S. Epiphani. epist. XVIII, c. 14.

dores de hombres que apartaron el universo del abismo de la idolatría. El mas joven de los Apóstoles, virgen de cuerpo y de corazón, san Juan, fué el discípulo amado del Salvador; asistió con Pedro y Santiago al espectáculo glorioso del Tabor, y mas adelante á la agonia de Jesús en el huerto de Gethsemani; pero él solo, entre todos los Apóstoles, tuvo la dicha inefable de reposar durante la última cena sobre el seno adorable del Hombre-Dios; él solo le siguió al Calvario, y solo él con María fué nombrado desde lo alto de la cruz en el testamento del Salvador. En recompensa de su amor y de su fidelidad constante, Jesús le confió el cuidado de su augusta Madre.

Después de la ascension del divino Maestro, Juan predicó el Evangelio en la Judea y la Samaria. Cuando llegó el momento de llevar á los gentiles la antorcha sagrada, al discípulo amado le tocó en suerte para su mision el vasto país ocupado por los Partos¹. Este pueblo famoso era el único que disputaba entonces á los Romanos el imperio del mundo. No ha quedado en la historia huella alguna de las maravillas que hizo san Juan por la salvacion de aquella nacion, y únicamente sabemos que volvió al Asia Menor y que se fijó en la ciudad de Éfeso, donde vivia con él la Virgen santísima. El Apóstol amado tenia á su cargo el gobierno de todas las ciudades del Asia, y gozaba de gran reputacion, tanto á causa de su eminente dignidad, como por sus virtudes y milagros. Domiciano le mandó prender, y fué llevado á Roma el año 95 de Jesucristo; compareció delante del Emperador, quien lejos de enternecerse con el aspecto de aquel anciano venerable, tuvo la barbarie de mandar que le arrojaran en una caldera de aceite hirviendo². Grande fué la alegría del Santo cuando oyó pronunciar su sentencia: ¡ardia en un deseo tan ferviente de ir al lado de su divino Maestro y pagarle amor con amor! Pero Dios se contentó con esta disposicion, concediéndole sin embargo el mérito y la honra del martirio; suspendió la actividad del fuego, y le conservó la vida, como la habia conservado en otro tiempo á los tres mancebos en el horno de Babilonia. El aceite hirviendo se convirtió para él en un baño refrigerante, y salió de él mas fuerte y vigoroso que habia entrado.

Asombró al tirano este suceso, y no atreviéndose á dar muerte al Santo, se contentó con desterrarle á la isla de Patmos³ á trabajar en las minas. Allí es donde mártir, apóstol y profeta de la Ley nueva, san Juan escribió su Apocalipsis. La palabra Apocalipsis significa revelacion; el Salvador da á conocer en ella á su virgen discípulo lo

¹ Baron. ad ann. 44; S. Aug. *Quæst. evang.* lib. II, c. 39; y Estio, *in Joan.*, pág. 1250.

² Tertul. *De Præscrip.* c. 36. — Existe aun en el dia una capilla erigida en el lugar del martirio, cerca de la Puerta Latina.

³ Una de las islas Esporades, situadas en el mar Egeo ó el Archipiélago.

que ha de suceder al fin de los siglos; así como las maravillas de la Jerusalem celestial, conocidas únicamente hasta entonces de los Ángeles, pues tanto se complace nuestro Dios en comunicarse á los corazones puros. Condenado al destierro y al rudo trabajo de las minas en una edad muy avanzada, san Juan esperaba que pronto veria terminar su vida con el martirio; pero su divino Maestro le quitó esta esperanza.

Habiendo sido asesinado Domiciano el año siguiente, Nerva, adornado de excelentes cualidades y de un carácter naturalmente pacífico, fué elevado al imperio, y san Juan consiguió la libertad de regresar á Éfeso. Tenia á la sazón cerca de ochenta y dos años de edad, pero su extrema vejez no le impedia ir á las provincias vecinas, ya para ordenar obispos, ya para formar nuevas cristiandades. Así pues, gobernaba como antes todas las iglesias de Asia, y uno de los que ordenó en los últimos años de su gloriosa carrera fué el gran Policarpo, á quien instituyó obispo de Esmirna⁴.

Por la misma época se manifestó tal como era el corazón del discípulo amado. Habiendo ido el santo anciano á una ciudad inmediata á Éfeso⁵, llamó al Obispo, y en presencia de todo el pueblo le presentó un joven que á las gracias corporales reunia un natural vivo y ardiente. Os recomiendo á este joven, le dijo, en cuanto me es posible, y os le doy en depósito en presencia de Jesucristo y de la Iglesia. El Obispo prometió tener cuidado de él; pero muy pronto descuidó su promesa, y el joven viviendo en una excesiva libertad se corrompió con el trato de las personas de su edad. Arrebatado por el ardor de su natural, como un caballo fogoso que rompe las riendas, bien pronto sobrepujo á sus compañeros; y poniéndose á su cabeza, formó una cuadrilla de bandidos, y nadie era mas violento, mas cruel y mas temible que él.

Algunos negocios obligaron en tanto al Apóstol á volver á la misma ciudad, y después de arreglarlos, llamó al Obispo y le dijo: Devolvedme el depósito que Jesucristo y yo os hemos confiado en presencia de la Iglesia que presidís. El Obispo quedó asombrado. Os vuelvo á pedir, añadió el Apóstol, el joven, el alma de vuestro hermano que os he confiado. El Obispo, bajando los ojos, le dijo llorando: ¡Ha muerto! ¿Cómo? replicó el santo anciano, ¿de qué género de muerte? Ha muerto para Dios, respondió el Obispo; se ha hecho un malvado, un perverso, y para decirlo todo, un ladrón. En vez de estar aquí en la iglesia, se ha apoderado de un monte, donde se halla con una cuadrilla de bandidos como él.

Al oír estas palabras el Apóstol desgarró sus vestiduras, y exha-

⁴ Tertul. *De Præscrip.* c. 32.

⁵ S. Chrys. ad Th.; Baron. lib. I, c. 98; Eusebio, lib. III, c. 23.

lando un profundo suspiro, le dijo golpeándose la cabeza: ¿Será cierto que habeis sido un infiel custodio del alma de vuestro hermano? Que me traigan un caballo y me den un guia. Y no prestando oídos mas que á su caridad, el venerable anciano monta á caballo y se dirige al monte indicado. Pronto le detienen los centinelas de los bandidos; pero en vez de huir y de pedirles la vida, exclama en alta voz: He venido para que me prendiérais; llevadme á la presencia de vuestro capitán. Y le conducen ante el jóven, que le espera con las armas en la mano. Reconoce este al momento á san Juan, y lleno de terror emprende la fuga. El Santo olvida su debilidad y sus muchos años para correr tras él con todas sus fuerzas gritando: « ¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¿por qué huyes de mí? ¿por qué huyes de tu padre? ¿qué temes de un anciano débil y sin armas? ¡Hijo mio! » ten piedad de mí; no temas, que hay para tí esperanza de salvación. Yo responderé por tí á Jesucristo, yo padeceré muy gustoso por tí la muerte, yo daré mi alma por 'la tuya. Detento, créeme; » Jesucristo me envia hácia tí. »

El jóven no pudo resistir á tan tiernas palabras, se detuvo, arrojó sus armas, y bajando los ojos prorumpió en copioso llanto. Cuando vió que el santo anciano se acercaba, fué á abrazarle y le bañó con sus lágrimas; pero tenia cuidado de esconder su diestra, porque estaba manchada con una multitud de crímenes. El santo Apóstol le estrechó contra su corazón, le aseguró nuevamente y con juramento que le alcanzaria del Salvador el perdón de sus pecados, y hasta se puso de rodillas delante de él, tomándole, con una bondad imposible de admirar bastante, la mano derecha que ocultaba, y besándola como manifestándole que estaba purificada ya con las lágrimas de la penitencia.

El buen pastor, glorioso con su conquista, volvió al redil aquella oveja extraviada, y la presentó á la asamblea de los fieles. Ni se contentó con esto, pues ofreció á Dios continuas oraciones por aquel jóven, se mortificó con él, le suavizó el corazón con diversas palabras de la Escritura, como por un santo encanto, y no se separó de él hasta haberle restablecido en la Iglesia por medio de la absolución de sus pecados y la participacion de los Sacramentos.

San Juan escribió tambien su Evangelio en la ciudad de Éfeso, despues de su regreso de Patmos, y lo hizo á ruegos de sus discípulos, de casi todas las iglesias de Asia y de todos los fieles de las provincias vecinas, que fueron á suplicarle que diera por escrito un testimonio auténtico de la verdad. Antes de principiarlo ayunó é hizo oraciones públicas, y despues de una revelacion profunda, pronunció las primeras palabras¹: *En el principio era el Verbo, y el*

¹ Véase Tillemont, t. 1.

Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios, etc. Los demás Evangelistas habian dado á conocer la humanidad del Salvador, mas san Juan nos revela su divinidad; tal es su principal objeto.

El Apóstol amado escribió tambien tres epístolas que conservamos, y son dignas del discípulo predilecto del que es todo amor. Dios permitió que san Juan llegara á una avanzada edad para que se consolidase la obra evangélica; reducido por causa de su extrema vejez á no poder ir á la iglesia, le conducian á ella sus discípulos, y no teniendo fuerzas para pronunciar largos discursos, solo decia al pueblo en todas las asambleas estas breves palabras: « Hijos queridos, amaos unos á otros. » Como se fastidiasen de oírle repetir siempre lo mismo, les dió esta respuesta verdaderamente digna del Apóstol del amor: « Es el mandamiento del Señor; con tal que se cumpla, » esto basta¹. »

Su vejez no era triste ni angustiosa, y queria que se entregasen á inocentes diversiones de que él mismo daba ejemplo. Un dia en que estaba entreteniéndose en acariciar una perdiz domesticada, le vió un cazador, que se asombró al parecer de que tan grande hombre se rebajase á tal pasatiempo. « ¿Qué teneis en la mano? le dijo san Juan. » — Un arco, le respondió el cazador. — ¿Por qué no llevais siempre la cuerda tirante? — Porque perderia su fuerza. — Pues bien, » añadió el santo Apóstol, por la misma razon doy alguna tregua á mi espíritu. » Cuando llegó, por fin, á los cien años, entregó su hermosa alma en brazos de aquel en cuyo seno habia tenido la dicha de reclinarsé. Fué sepultado en Éfeso.

El sexto conquistador evangélico es santo Tomás, que como los demás de quienes hemos hablado era judío de nacimiento, y es aquel á quien el Salvador resucitado permitió que pusiese su mano en la abertura de sus heridas. Despues de la ascension partió á Oriente y llevó el Evangelio á Persia, á Etiopia y á la India², donde selló con su sangre la doctrina que habia predicado. Se ignora á punto fijo el lugar y el año de su martirio, y únicamente se sabe que su cuerpo fué trasladado posteriormente á Edesa, ciudad célebre de Mesopotamia³, donde por muchos años fué objeto de singular devocion. Nada debe admirarnos este culto, cuando se reflexiona que somos deudores de la ventaja de conocer el Evangelio y de ser cristianos á los esfuerzos y padecimientos de los Apóstoles.

El séptimo es Santiago el *Menor*: era hijo de Alfeo y de María, próxima parienta de la Virgen santísima. San Jerónimo y san Epifanio nos dicen que el Salvador le encomendó en el momento de su ascension la iglesia de Jerusalem, y que por consiguiente los Apóstoles

¹ S. Hier. in epist. ad Gal. lib. III, c. 6.

² S. Chrys. t. VI, homil. XXXI; Baron. 44.

³ San Gregorio de Tours, *Gloria Martyr.* c. 32.